

*Capitulo XIV**Cachorro de león...*

Hospital en emergencia. Shock room en apresto. Ascensor camillero en puerta. Mi rol como Interno de Clínica, en la Unidad de Emergencias, es ocupar la cabecera, listo para intubar al herido de bala. El helicóptero trae un masculino de 42 años. Seis impactos de bala 9 mm en abdomen, y dos en tórax. Está lúcido, no shockado. Los cirujanos, tras una breve evaluación, deciden llevarlo “*directo a quirófano*”.

El hospital, rápidamente vuelve a su rutina. Todos han vivido cientos de veces la emergencia, y ni se necesitan simulacros para mantener entrenamiento.

Y, luego de un lapso, llegan informes del quirófano. Es el boca a boca de los médicos residentes:

- *Tiene estallido de estómago, colon y bazo, además de una arteria ilíaca “que sangra a rolete”. Dos tubos de drenaje en tórax...*

Entra corriendo una mujer. Está pálida, muy pálida, ojos negros muy abiertos, regordeta, y lleva de la mano una nena de diez años. No sabe adónde ir... todos intuyen quién es..., pero bajan sus miradas y siguen en sus cosas (*o hacen como que...*) Yo no puedo, y me detecta:

- *Doctor, acaban de traer a mi marido ¿dónde está?*
- *¿Se llama José González y es de Monte Grande?**
- *Sí. Quiero verlo por favor, quiero verlo.*
- *Está en quirófano. Suba por el primer ascensor y en la sala de espera de Terapia, el cirujano actuante le va a dar el informe.*

Me agradece y da media vuelta “en el aire”. Pero tras ella, aparece un pibe de 13 a 14 años, con la misma cara “*en chico*” que el herido. Se estira, para parecer más alto y pone su mejor cara de serio, detrás de su acné adolescente. Calza pantalones largos que le han quedado cortos, acaso por crecer más rápido que el presupuesto familiar. Junta fuerzas, traga saliva y con una mezcla de voz adolescente, entre barítono y soprano, me larga:

- *Doctor, quiero saber cómo está mi padre.*

La mujer intenta frenarlo, pero la nena se lo impide. Es el “*hombre de la casa*”, el que pregunta. Son “*la cría*”, que han tomado el control de los asuntos de familia. Así de golpe, sin piedad, vertiginosamente.

- *Esta vivo... pero tiene ocho impactos, “seis en la panza y dos en el pecho”, en quirófano están haciendo todo lo posible...*

Se quedan mudos y se abrazan. Entre sollozos, escucho a la nena:

- *“Hoy no le pude dar un beso a papá antes de irse... yo estaba enojada, porque no me dejo volver tarde del cumpleaños de mi amiga”.*

Y luego de un silencio infinito, el niño hombre las consuela:

- *“Mamita, no es el fin... nosotros te vamos a ayudar”*

Soy una estatua amputada. Inmóvil, siento vacío y me duele hasta el estómago. Quedaré a fuego en sus memorias, de por vida. Siento clavadas las miradas del resto de la guardia. No sé qué hacer, ni qué decir. Dar la noticia, cientos de veces ya la di, pero me siento igual que en la primera vez.

Es el instante que revive mi impotencia humana, mis fracasos, y hasta donde me pregunto si debí ser médico... y sigo inmóvil. Cada segundo es una hora... sin saber qué hacer, ni qué decirles... y solo me parece decoroso el silencio.

- *Muchas gracias, doctor, muchas gracias.*

Me sorprende. Algo me está agradeciendo *“el hombre de la casa”*, mientras me mira y estrecha con fuerza la mano. No los entiendo, pero me dan un beso la mujer, y otro la nena (*¿acaso el que no le dio al papá?*).

Se alejan abrazados. Ahora caminan despacio, hasta tranquilos. Es una familia desgarrada y sangrante... pero digna en su dolor. Han cambiado.

Pero ¿Quién los ha cambiado? ¿Quién fue? ¿Fui yo el que los calmó? ¿Qué me agradecieron? ¿Qué hice de bueno?

Mientras camino hacia el tomógrafo, atravesando el parque lleno de lilas del jacarandá, recuerdo a un anciano profesor que hablaba *“del misterio de ser médico”*.

Falleció a los dos días en fallo multiorgánico. Dejó un cachorro de león, que tomó su posta. Y este, lo primero que hizo, fue poner orden en sus cosas.

** Nombre simulado*